

Yo su historia recordé ;
Sus desventuras oí ;
Cual pude la consolé ,
Y á servirla me obligué
Y por ella al *Monte* fuí.

¡ Con qué infantil emocion
Subí aquellas escaleras ,
Hasta dar en el salon
Que llenaban en monton
Gentes de várias esferas!

¡ Todos alegres charlaban ,
Todos allí se dejaban
Algo de lo que tenían ,
Y los más se sonreian ,
Y los ménos suspiraban !

Del pecado y la virtud
Vi allí la dulce inquietud ;
Que ofrece el oro , en verdad ,
Al enfermo la salud
Y al sano la enfermedad.

A un amigo entre ellos vi
Y exclamé : ¿ Qué haces aquí ?
¿ Vienes á buscar socorros ?

Y él me dijo : — No es así ,
Vine á la *Caja de Ahorros*.

Y entónces me refirió
Cosas que ignoraba yo ,
Pues por mi mal no sabía
Que fortuna al pobre dió
Un caudal : la economía.

Por eso pobres al ver
Los hijos á que di el ser ,
Cuando lleguen á pensar
He de hacerles estudiar
Lo que no supe aprender.

Y en frente del edificio
Que ostenta en su frontispicio
De la caridad el lema ,
Siendo de virtud emblema
Cuando no estigma del vicio ,

Les diré : fuerza es tener
Dinero para vivir ,
Y aquí se encuentra á placer :
Quien no lo viene á traer
Suele venirlo á pedir.

MANUEL DEL PALACIO.

EL INTERES Y LA USURA.

APÓLOGO.

Una dama de buen talle
Y un galan de noble porte
Una mañana en la córte
Se encontraron en la calle.
Dama y galan se miraron
Y sus pasos detuvieron ;

Al punto se comprendieron ,
Y este diálogo entablaron :
«¿Á dónde vais?—Á cumplir
Un deber, la dama dijo.
—Yo en lo presente me fijo.
—Yo pienso en lo porvenir,

—Hay en el mundo un tirano
Que al necesitado ayuda ;
Le despoja y le desnuda
Cuando le tiende la mano.

Consuelo de la laceria,
Quiero ser, para el que gime,
Un paño que no lastime
Los ojos de la miseria.

Y se cumplirá mi anhelo,
Pues para enjugar el llanto,
He tomado un nombre santo
Que abre las puertas del cielo.

—Yo intento abrir una Caja
Para tesoro del pobre,
Que convierta en plata el cobre
Del infeliz que trabaja.

Ese tesoro guardado
Con el tiempo ha de ofrecer
Una dote á la mujer,
Su libertad al soldado.

—Yo doy paciencia al sufrir.
—Yo enseño al hombre á guardar.
—Yo dinero voy á dar.

—Voy dinero á recibir.

—Encontrará en mis socorros
Alivio la humanidad.

Soy el *Monte de Piedad*.

—Yo soy la *Caja de ahorros*.

—¡Grande el proyecto ha de ser!

—Los dos nos necesitamos.

—Venid, porque unidos, vamos
Un problema á resolver.»

Al mirar la santa union,
Que inspira amor y respeto,
El pueblo, muy en secreto,
Le manda su bendicion.

Sólo una voz se levanta
Á protestar contra ella.

¿Quién, infame, se querella
Y de tal union se espanta?

Es una horrible figura
Que convierte el oro en cobre,
Chupando la sangre al pobre.

—¿Cómo se llama?—¡*La Usura!*

TEODORO GUERRERO.

TRABAJO Y ECONOMIA.

(NARRACION POPULAR.)

I.

— Llegó la hora del descanso.
— Mucho tarda mi Ramona.
— Tambien mi chico.
— Esperemos
Aquí durmiendo á la sombra.
— Mejor fuera en la taberna.
— Si hay quien nos pague unas copas...
— El maestro debiera hacerlo,

Que tiene muy buenas onzas.
— Con el sudor de los pobres
Cualquiera riquezas logra ;
Mas ya pasará este tiempo,
Y en cambiándose las tornas,
Muchos andarán descalzos
De los que hoy gastan carroza.
— ¡Chico! ¿vendes *El Combate?*
— Vendo *La Bandera Roja*.
— Dame una y toma los cuartos :

Ésta dirá buenas cosas.

— Lee en alta voz.

— Si viene

El maestro!.....

— ¡ Qué nos importa !

El hombre es libre...

— ¡ Que lea !

— ¡ Tienes razon !

— ¡ No es la hora

De la siesta? Que el maestro

Se enoje, si es que se enoja.

«— No hay término ya posible :

»Nuestra paciencia se agota,

»¡ Ay del muro que le cierra

»Si el torrente se desborda!

»Engañado una y mil veces

»Con promesas ilusorias,

»Ve el pueblo que los tributos

»La honrada hacienda le roban;

»Que aún le visten de lacayo,

»Porque su librea roja

»Oculte mejor la sangre

»Que le arranca el que le azota.

»¡ Qué es la propiedad? Un robo.

»¡ Qué es la virtud? Una utopia.

»Y ¿ qué respetos merece

»Esta sociedad hipócrita?

»¡ Ninguno! A males tan graves

»Hay que oponer sin demora

»Una medicina enérgica

»Y en sus efectos notoria :

»Sangre que córte el contagio

»De la gangrena traidora,

»Y fuego que cauterice

»Del pueblo las llagas hondas.» —

II.

— ¡ Hola! muchachos, ¿ leyendo?
Eso está bien.

— Ya lo creo :

Verdades dice el periódico

Y verdades como templos.

— Continúad, que no os estorbe...

— Es que...

— Vamos, ya comprendo,

Lees mal y te da reparo :

Por lo mismo eres cantero

Y no abogado ni obispo...

— Es que usted tiene así... un genio...

Y unas ideas tan rancias...

— Como que voy siendo viejo;

Pero ya sé tus reparos,

Tu vacilacion comprendo,

Y sin ver ese periódico

Sé que habla de los derechos,

De que el pobre es siempre un santo,

De que no hay un rico bueno;

De que el mundo se reforma

Con el puñal y el incendio;

Que el trabajo es un suplicio,

La privacion un tormento,

El superior un verdugo

Y un semidios el bracero.

Dirá que las propiedades

Son robos hechos al pueblo,

Y hablará del proletario

Injustamente sujeto,

Y del *burgués* que atesora

Miéntras aquél anda en cueros...

Vaya, decid si no pone

La Bandera todo eso.

— Pues bien, maestro, lo pone

Y con mucho fundamento.

— Y tú, ¿ qué sabes, Perico?

— Sé lo que oigo y lo que veo :

Lo que en el *club* nos predicán

Para ir ilustrando al pueblo.

— Vamos, la cancion eterna...

— Usted es rico y...

— Algo ménos...

Pero esos predicadores

¿ No os dicen que para serlo

Hay recursos más honrados?

¿ No os enseñan, por ejemplo,

Que el trabajo y la constancia

Suelen conseguir portentos?
— Si alguien le da á uno la mano...
— ¡ Pero, qué! ¿ tú dudas de eso?
En la situacion más triste,
En el más terrible extremo,
Del abismo junto al borde
Queda de esperanza un resto.
Esto no te lo habrán dicho
Predicadores ateos;
Pero aunque de mí te burles
Yo sí decírtelo debo.
En los dolores más grandes,
En los más graves momentos,
Quien tiene fe no se arredra,
Pide proteccion al cielo...
— Y el cielo...

— El cielo nos salva,
Como á mí me salvó, Pedro.
¿ Quereis que os refiera cómo?
Pues escuchad á este viejo,
Y juzgad vosotros mismos
Si lo que dije no es cierto.

III.

Ganando un jornal mezquino,
Pago de rudas faenas,
Acostumbraba á dejarlo
Por completo en la taberna,
Y cuando entraba en mi casa,
Mi pobre mujer enferma
De aquella infame conducta
No me daba ni una queja.
Lloraba, sí, y con su llanto,
Capaz de ablandar las piedras,
Llamaba á mi alma, que, sorda,
No lo notaba siquiera.
Como vosotros ahora
Envidiaba las riquezas,
Y viendo cruzar las calles
Las lujosas carretelas,
Pensé en reformar el mundo,
Tomé parte en várias grescas

Y levanté barricadas :
Otros subieron por ellas
Hasta los puestos más altos,
Y yo... volví á la taberna.
Ya no trabajé, creia
Que era el trabajo una mengua ;
Fuí conspirador tan sólo,
Que es ocupacion muy buena,
Pues no ennegrece las manos
Aunque mancha la conciencia.
Mi casa era ya un sepulcro :
Mi pobre mujer en ella
Un cadáver parecia,
Víctima de la miseria ;
Y mis dos hijos desnudos,
Extenuados y sin fuerzas,
Con el pan de la limosna
Se alimentaban apénas.
Una noche llegó el médico,
Reconoció á mi Teresa
Y dijo : « No hay esperanza
Ni comprendo cómo alienta :
Se está muriendo. » Y yo, infame,
Mirando su muerte cerca,
Incapaz de remediarla
Y temeroso de verla
Con el dolor, el recuerdo
De mi conducta perversa,
Egoista y temeroso,
Quise hallar en la taberna
El olvido, no el remedio
De su situacion extrema.
« ¿ Con que Teresa se muere? »
Dijo una voz que áun resuena
En mi pecho... y muere de hambre...
En Madrid, cuyas riquezas
Son el insulto del pobre...
¡ Qué mundo! ¡ Cualquiera lleva
Dos duros en el bolsillo,
Mientras la pobre Teresa
Agoniza en su buhardilla
Sin otro mal que miseria!... »
No sé quien hablaba : sólo

Recuerdo que con presteza
Salí á la calle, que estaba
Oscura, triste y desierta.
Anduve... no sé por donde,
Luégo llegué á una plazuela
Que severos edificios
Por todas partes presenta.
La fiebre me consumia...
De pronto sentí muy cerca
Pasos de un hombre... mi mano
Se armó de navaja, y trémula
La voz, le dije á aquel hombre :
«¡ Dinero para Teresa !
Que se está muriendo de hambre...
Pronto, dame lo que tengas!... »
Paróse el desconocido
Mostrando más extrañeza
Que temor, y « ya recorres,
Contestó, toda la senda !
Cuando mi taller dejaste
Nunca imaginé que fueras
Ladron... Juan ¿ no me conoces ? »
Y con actitud resuelta
Me agarró el brazo, y el arma
Resonando cayó en tierra.
« Aun para robar no sirves,
Añadió con voz serena.
¿ Para qué gastas navaja
Si tan cobarde la sueltas ? »
« ¡ Teresa se muere de hambre...
Una limosna para ella ! »
Grité, de rodillas, loco
De dolor y de vergüenza :
« Bien, Juan, veo que aún el crimen
Te repugna; que aún conservas
Memoria de mis consejos
Como yo de mis promesas.
Olvida que hoy me encontraste,
Vuelve á trabajar, y cuenta
Que naces para otra vida
Y que á ser otro hombre empiezas.
Toma el dinero que traigo
Y con él tu mal remedia ;

Poco es, pero esta sortija
Mi pobre socorro aumenta.
En esa casa de enfrente,
Que á la caridad se eleva,
Puedes mañana empeñarla,
Y así adquieres una deuda...
Deuda de honor que se salda
Como el honor aconseja.
Trabaja, olvida tus vicios,
Abandona la taberna,
Y cuando al fin recuperes
El anillo y me lo vuelvas,
No olvides que en esa casa,
Que tantos males remedia,
Templo de la economía
Que con creces se cosecha,
Puede el honrado trabajo
Labrar fortunas modestas...
Hazlo así, Juan, y esta noche
Del bien te abrirá las puertas.»

IV.

Cesó de hablar el Maestro,
Y despues, con frases lentas,
Notando que su auditorio
Con curiosidad espera :
« Teresa, — siguió diciendo, —
Por dejar mal á la ciencia
Se puso buena, y hoy tiene
Quince entre nietos y nietas.
Pagué mi deuda de honra
Y seguí al pié de la letra
Los salvadores consejos
Que al bien me abrieron las puertas.
Y la honradez y el trabajo
Lograron luégo tal fuerza,
Que ahuyentaron la desgracia
De mi mezquina vivienda.
Tal es la historia que os dije :
Yo os respondo de que es cierta :
Meditad sobre ella á solas
Y sacad las consecuencias.»

FUNDACION DEL MONTE DE PIEDAD.

(CUENTO.)

Es fama que en otra edad,
Congregáronse aquí abajo
En bien de la humanidad,
La Religion, el Trabajo
Y la santa Caridad.

Miraron con interes
Del hombre la suerte fiera;
Lamentáronla despues
Y de esta honrada manera
Hablaron por fin los tres:

—«Yo desde hoy le daré pan,
Repuso el Trabajo ufano,
Y si á mí vuelve en su afan
Su corazon y su mano,
Privaciones no tendrán.»

—«Yo le daré fe y virtud,
Exclamó la Religion,
Si con noble gratitud
Me confía el corazon
De la cuna al ataud;

Y cuando vea perdida
Su fuerza, su cuerpo inerte,
Y ya al fin de la partida,
Aun le daré con la muerte
Esperanza de otra vida.»

—«Yo, la Caridad muy bajo
Murmuró, con lo que oí,
Confieso, y no me rebajo,
Que el que há virtud y trabajo
No me necesita á mí.

No obstante, si ricos dones
Vuestra proteccion le da
Con honrosas condiciones,
Sin ellas en mí hallará
Amparo en sus aflicciones;
Que no aguardará mi celo

A que me busquen ó no;
Donde haya miseria ó duelo
Al punto acudiré yo,
Santa enviada del cielo;
Y si terrible dolencia
O mala suerte del hombre
Combaten vuestra influencia,
Y, por más que esto os asombre,
Extravian su conciencia;

A su lado me ha de ver,
No con limosna que ultraja
Por digna que logre ser;
Con el dón que quien trabaja
Puede sólo merecer.

Mi tierna solicitud
Le dará, sin humillarle,
Socorro, y tal vez salud,
Logrando su bien guardarle
Y sostener su virtud:

Que acaso mi intervencion
En un momento de apuro
Mate una mala intencion,
Y sea medio seguro
De salvar un corazon.»

Rindieron ambos tributo
A dón que tanto valia,
Que cual de Dios santo fruto
Del pobre apartar debia
Miseria, crimen y luto.

¡Y así de la Caridad,
Como el más precioso dón
Que otorgó á la humanidad,
Símbolo de bendicion,
Nació el MONTE DE PIEDAD!

JOAQUINA G. BALMASEDA.

EN LA INAUGURACION DEL NUEVO EDIFICIO

DESTINADO Á MONTE DE PIEDAD Y CAJA DE AHORROS.

I.

Era la noche : en estancia
Do la pobreza se anida,
Y al pié de la humilde cuna
En donde un ángel gemia,
Con el cabello esparcido
Y la triste faz marchita,
Velaba una pobre madre,
En hondo pesar sumida.
Las tocas de la viudez,
Aunque jóven, ya ceñia,
Que en su tálamo se unieron
Las rosas y siemprevivas.
¡Y otra vez en los umbrales
De la mísera buhardilla
El espectro de la muerte
Implacable aparecía!
El espectro, que á robarla
Iba su única dicha,
El hijo de sus amores,
Luz que es luz de sus pupilas.
Entre sus trémulas manos,
Que el dolor agudo críspa,
Estrecha el nupcial anillo
Que ostenta una perla fina,
Única prenda de aquel
Que en el sepulcro dormita
Y consigo se llevó
Su postrimera sonrisa.
¡Ay triste! ¡Las negras horas
Que tan lentas se deslizan,
Contando va con las lágrimas
Que corren por sus mejillas!
¡Ay triste! ¡La blanca aurora,
Al disipar la neblina,

Quizá alumbre un muertecito
Envuelto en sábana fría!

II.

Se abrió la puerta sin ruido,
Y en la estancia, triste y muda,
Entró indecisa una anciana,
Temiendo ser importuna.
¡Ah! clama la madre al verla
Con indecible amargura,
¡Que se muere el ángel mio
Si usted no viene en su ayuda!
Un elixir el doctor
Le prescribió..... y ¡suerte dura!
Me dejó sólo esta joya
Mi despiadada fortuna.
Véndala usted, por piedad,
A cualquier precio..... En la tumba
Duerme ya quien me la dió,
Diciéndome : «jura, jura
No enajenarla jamas.....
¡Ay de mí! — Tu llanto enjuga,
Replicó con dulce tono
La noble matrona, escucha :
Una hermosa institucion
Existe en Madrid, que escuda
Con su manto al desvalido
Juguete de suerte adusta.
Regida por sábias leyes,
Que en la probidad se fundan,
Jamás niega dulce amparo
Á quien lloroso le busca.
Monte de Piedad se nombra,
Y monte es de piedad suma,
Pues socorre á quien las penas

Por todas partes circundan.
Allí llevaré tu anillo,
Y cuando para tí luzca
Más bonancible la suerte
Que te muestra su faz ruda,
 Salvarlo podrás..... Mas no,
Que á la sombra de esa augusta
Institucion, se cobija
Otra que es en bien fecunda.
 Caja de Ahorros se llama,
Y allí lleva una por una
El que es pobre las monedas
Que á los placeres disputa.
 Algunas economías
Allí tiene mi buen Lúcas,
Que á quien ahorra jamas
La torva miseria abruma.
 Irá el domingo á sacarlas,
Y despues..... despues..... ¡Ayuda
Siempre Dios al que al trabajo
Férvido culto tributa!

III.

 Salvóse el ángel hermoso,
Y un plácido gozo brilla
En la estancia, cuyos ecos

Tristes ayes repetian.
 Salvóse el ángel hermoso,
Que quizá en lejano dia
Dará á su patria en ofrenda
Haces de fecunda espiga.
 Y la madre, que trabaja
Junto á la amada cunita,
Luce en su dedo el anillo
De fe conyugal reliquia.
 Y al par que mueve la aguja,
De gratitud dulce henchida,
Repíte en voz baja : « Oh bella
Institucion, noble y digna,
 Que redimes á las almas
Del fiero dolor cautivas,
Sosteniéndolas al borde
De negra, espantosa sima.
 ¡ Quiera Dios que á fomentarte
Se adunen las almas pías!
 ¡ Cúbrate Dios con su manto,
Pues tantos bienes prodigas!
 Tú á mi hermoso querubin
Me volviste compasiva :
Sé, ¡ oh piadosa institucion,
Mil y mil veces bendita ! »

ÁNGELA GRASSI.

EN LA INAUGURACION DEL NUEVO EDIFICIO

CONSTRUIDO PARA MONTE DE PIEDAD Y CAJA DE AHORROS.

SONETO.

Este, que veis, fastuoso monumento,
No es del tirano la mansion dichosa,
Ni ruda fortaleza poderosa
Donde Marte feroz tiene su asiento.
 No manchará su limpio pavimento
El licor de la orgía bulliciosa,
Ni turbará su calma silenciosa
El fragor del combate turbulento.

Alcázar es del bien : su fuerte muro
Alzó la caridad que Dios bendice
Y que es reflejo de su gloria inmensa.
 Y de tal fortaleza en el seguro
Halla dulce consuelo el infelice
Y el honrado trabajo recompensa.

MANUEL DE LA REVILLA.

EL MONTE DE PIEDAD

Y LA CAJA DE AHORROS DE MADRID.

ROMANCE HISTÓRICO.

I.

EL MONTE Y SU FUNDADOR DON FRANCISCO
PIQUER.

Del siglo décimoctavo
Brilló en España la aurora
Que de otro, místico y débil,
Disipó las tristes sombras.

Á la dinastía austriaca
Sustituyó la borbónica;
Al sudario de la muerte
La esperanza bienhechora.

Desolacion, sangre y luto
Hubo en la tierra española;
Triste síno es de los pueblos
Manchar con sangre su historia.

Feliz, no obstante, el que al cabo
De tal sacrificio logra
Conquistas que, como entónces,
De bienes son precursoras.

Las ruinas de un fanatismo,
Mengua y baldon ante Europa,
Pedestal fueron seguro
De otra edad más venturosa.

Las huestes de Cárlos de Austria
Puso un Felipe en derrota:
El trono á que fué llamado
Supo ganar con sus obras.

Viéndole audaz en la guerra,
Su ejemplo el soldado toma:
Viéndole en la paz prudente,
Alientos el sabio cobra.

¡Qué mucho, si ciencias y artes
Protegió con mano pródiga,
Y libertad dió á los pueblos,
Y cubrió la mar de flotas,
Y fundó escuelas, talleres,
Academias, pías obras,
Y las costumbres sociales
Mejóro con leyes doctas?

Feijóo, Macanaz, Miñana,
Fueron astros de su gloria,
Y porque nada faltase
Al brillo de su corona,
Un apóstol inspirado
Por la Religion católica
Engarzó en ella el brillante
De esta institucion grandiosa.

Este apóstol fué PIQUER,
De Aragon preciada joya,
Fénix de los bienhechores,
De las virtudes antorcha,
El protegido del cielo,
Casi olvidado en la historia,
El que llena estos espacios
Con su espíritu y su sombra.

Mirad... en aquella casa
Depositó la limosna,
El leve grano de arena
Que de un Monte adquirió forma.

En ese vecino templo
Donde las vírgenes oran,
Dirigió al cielo sus preces
Y cantó dulces salmodias.

Reparad de otro edificio
Las dos portadas famosas ;
Por una entraba á su Monte,
Á su santuario por otra.

Todos, todos los recuerdos
En estas calles se agolpan ;
Por aquí se afaná en vida,
Por aquí vága su sombra.

No le importó que la envidia
Derramase su ponzoña ;
La caridad fué su norte,
Y la caridad perdona.

Ardiendo en el santo fuego
De la virtud que atesora,
Busca almas caritativas,
Las encuentra, y se le asocian.

Lo mismo ampara á los huérfanos
Que consuela á los que lloran,
Y por dárselo al hambriento
Se quita el pan de la boca.

Raudales de plata y oro
Que le fian ó le otorgan,
Entre mil necesitados
Distribuye gota á gota.

Al tesoro de riquezas
Que la piedad amontona,
Se agrega del socorrido
La gratitud en limosnas,
Y con tan fácil comercio
No hay mal que no se socorra :
Páganse deudas y á un tiempo
Se hace caudal con las sobras.

Este el destino admirable
Fué de su santa limosna,
Del leve grano de arena
Que de un Monte adquirió forma.

Plaza á FRANCISCO PIQUER ,
De Aragon preciada joya,
Fénix de los bienhechores,
De las virtudes antorcha ;
Al protegido del cielo ,
Casi olvidado en la historia ,

Cuyo espíritu invisible
Se agita aquí con su sombra.

II.

LA CAJA Y SU FUNDADOR EL MARQUÉS VIUDO DE PONTEJOS.

Los pueblos y las naciones
Disputábanse á porfía
La gloria de hacer más dulces
Los lazos de la familia.

Quién ideó que los niños
Desde el dintel de su vida
Á labrar ya comenzasen
El pedestal de su dicha.

Quién que el pobre jornalero
Que en albergue insano habita,
Lograra ser propietario
De hogar saludable un día.

Quién que al huérfano le fuese
La orfandad ménos sentida,
Pan no faltase á la viuda,
Ni al enfermo medicinas,
Ni el labrador careciera
De yunta, arado y semillas,
Y el menestral alcanzara
Una ancianidad tranquila.

Y quién aspiró, por último,
Á desterrar la avaricia,
El juego, el lujo y la holganza,
Soñando la maravilla
De hacer venturoso al hombre,
Y desde él á la familia,
Desde la familia al pueblo,
La ciudad, la patria misma.

La humana razon, no obstante
De ser sueño, presentia
Que algo de ello era posible,
Con la virtud por divisa,
Pues los hombres y los pueblos
Tienen por sentencia escrita

Que la suerte que merecen
Es la que Dios les envía.

Condensando pensamientos
De filantrópicas miras,
En la virtud del ahorro
Halló resuelto el enigma.

Por doquier fundó esas cajas
Que á la prevision convidan,
Y convierten en tesoros
Lo que á los vicios se quita.

Esas cajas que á los padres
Les dice «piensa en tus hijas»,
Y al jóven «tu serás viejo»,
Y á todos «la economía
»Es prevenir los azares
»De esta miserable vida.
»Ella hace al hombre prudente,
»Ella el camino le indica
»De ser ciudadano honrado
»Y sosten de la familia;
»De ser útil á la patria
»Y fuerte amparo en sus cuitas.
»Puede faltar el trabajo
»Al que del trabajo viva;
»Puede, por un accidente
»Perder la salud, la vista,
»Y aquel que gana y no ahorra,
»Tarde ó temprano mendiga.»

El crisol de la experiencia
Demostró tal maravilla,
Y hasta este rincon de Europa
Llegó la buena doctrina.

Allí, donde los talentos
Sólo en el bien se ejercitan;
En la sociedad ilustre
Donde en ardor competían
Jovellanos, Campomanes,
Y en la que otros hoy militan
Y socorren enseñando
A las clases desvalidas (1),

(1) En el escudo de la Sociedad Económica Matritense
se lee: *Socorre enseñando.*

Adquirió forma la idea
Aunque sólo quedó escrita.

El letargo no fué ajeno
A la lucha fratricida
En que alentó al heroísmo
La inocencia de una niña.

Apénas de aquel letargo
Un lustro pasado habia,
Cuando un varon de alta estirpe
Repara en ello y se fija.

Lo encuentra digno y lo estudia,
Lo halla noble y lo acaricia,
Lo ve grande y se entusiasma;
No hay ya obstáculo á su vista.

Las fórmulas burocráticas
A su objeto poco implican:
Es tan grandiosa la empresa
Cual su influencia legítima.

Busca en el poder amparo
Y se le da sin medida;
Busca auxiliares y logra
Aun más de los que precisa.

¿Qué faltaba? Abrir las puertas,
Decir á Madrid «albricias!»
»Que ya el menestral honrado,
»El jornalero, el artista,
»Tienen en su mano el medio
»De conjurar las desdichas.»

Así su Caja de Ahorros
Vió Madrid establecida
A impulsos del hombre ilustre,
Que también la patria admira.

Su nombre unido á la historia
De empresas caritativas
No es ménos digno de lauro
Por otras que simboliza.

Como autoridad celosa,
Harto fugaz por desdicha,
Ordenó calles y plazas
Tornando en córte la villa.
A las nocturnas tinieblas
Dió la luz que niega el día.

Y por do quier que se mire
Se ve su memoria escrita.

¡ Honor al varon insigne,
Alma noble y sin mancilla,
Marqués viudo de Pontejes,
Preclaro hijo de Galicia!

Plaza pide en este alcázar
De su obra más peregrina,
Y con placer se la otorga
Madrid, su patria adoptiva.

III.

PIQUER Y PONTEJOS.

PIQUER, con mano piadosa,

Del pobre mitigó el duelo,
Y alzó casi de la nada
A la caridad un templo.

PONTEJOS, siempre celoso
Del bien, por el bien del pueblo,
Al instinto del ahorro
Dió forma, calor y aliento.

Pues que á entrambos Madrid debe
Dones de tan alto precio,
Justo es que Madrid exclame:
¡ GLORIA Á PIQUER Y Á PONTEJOS!

BRAULIO ANTON RAMIREZ.

FIN.

INDICE.

NOTICIAS HISTÓRICAS,

POR EL DIRECTOR GERENTE DEL ESTABLECIMIENTO,
DON BRAULIO ANTON RAMIREZ.

	Págs.
I.— Monte de Piedad..	5
II.— Caja de Ahorros.	22
III.— Union de ambas instituciones.	33

NUEVO EDIFICIO.

ARTÍCULOS, POR EL MISMO SEÑOR RAMIREZ.

I.— Antecedentes.	39
II.— Descripción del exterior.	46
III.— Descripción del interior.	49
Relacion de las cantidades satisfechas hasta el 30 de Junio de 1875, con cargo á la cuenta del nuevo edificio, por el Contador del Establecimiento, D. Manuel Bellestero.	57

ALBUM POÉTICO.

La rebanadita de pan, fábula, por D. Juan E. Hartzenbusch.	65
A la inauguracion del nuevo edificio para Monte de Piedad y Caja de Ahorros, por D. Cayetano Rossell.	66
El Monte de Piedad, por D. N. S. Serra.	70

Págs.

El Ahorro, cuadro popular, escrito expresamente para este libro, por D. Carlos Frontaura.	70
A D. Francisco Piquer, fundador del Monte de Piedad, soneto, por D. Rafael G. Santistéban.	73
El Monte de Piedad y la Caja de Ahorros, romance, por D. Manuel Henao y Muñoz.	73
El Monte de Piedad, por D. Manuel del Palacio.	75
El Interes y la Usura, apólogo, por don Toedoro Guerrero.	76
Trabajo y economía, narracion popular, por D. Manuel Ossorio y Bernard.	77
Fundacion del Monte de Piedad, cuento, por D. ^a Joaquina G. Balmaseda.	81
En la inauguracion del nuevo edificio destinado á Monte de Piedad y Caja de Ahorros, por D. ^a Angela Grassi.	82
En la inauguracion del nuevo edificio construido para Monte de Piedad y Caja de Ahorros, soneto, por D. Manuel de la Revilla.	83
El Monte de Piedad y la Caja de Ahorros de Madrid, romance histórico, por D. Braulio Anton Ramirez.	84

GRABADOS.

	Págs.		Págs.
Medallon del vestíbulo del nuevo edificio.	1	D. Joaquin Vizcaino, Marqués viudo de Pontejos, fundador de la Caja de Ahorros de Madrid. (1790. † 1840.).	27
D. Francisco Piquer depositando un real de plata como fundamento del Monte de Piedad de Madrid.	8	Vista exterior del edificio, tomada desde el convento de las Descalzas.	47
D. Francisco Piquer, fundador de dicho Monte de Piedad. (1666. † 1739.).	19	Planta general del edificio.	49